

LUCRECIA

Yo arreglaré la vida de usted... yo...

EL CONDE, inflexible.

Sin lo que pido, sin mi nieta, no quiero nada.

LUCRECIA

No tardará el viejo Albrit en renegar de esa independencia, impropia de su edad y de su situación. Acójase á mi, ó su vejez será muy triste.

EL CONDE

Nada me arredra... nada temo. Lo mismo me importa la vida que la muerte. (Implorando.) Lucrecia, por última vez...

LUCRECIA

No insista usted... Se cansa en vano...

EL CONDE

Bien: no diré nada más. Ni está en mi carácter extremar la súplica... Lucrecia, adiós para siempre.

LUCRECIA

Eso es locura.

EL CONDE, trémulo, balbuciente.

Sí, sí... y los locos pacíficos... cuando no se les da lo que piden, hacen lo que yo... se van. Mas no saldré sin decir á usted que no veo, que no toco el cambio moral que debía ser resultado de su arrepentimiento. No. Lucrecia Richmond

es siempre la misma... Confesada y sin confesar, la misma siempre... No creo que la haya perdonado Dios... ¡No la ha perdonado, no la ha perdonado, no, no!... (Sale con vivísima agitación. Se siente su paso inseguro por la escalera. Baja agarrándose al pasamanos. Lucrecia, muy agitada, cae en el sofá llorosa. Acuden presurosos á ella Monedero y su esposa.

ESCENA IX

LUCRECIA, EL ALCALDE, LA ALCALDESA; después NELL

EL ALCALDE

¿No lo decía yo? ¿Ha sacado la zarpa?... Si estoy por bajar, y aplacarle un poquito los humos.

LUCRECIA

No, no... ¡Pobre viejo!... Es muy sensible que no pueda yo acceder á lo que pretende. Dejarle. (Atendiendo al ruido de los pasos.) ¿Se caerá en la escalera? Vicenta, mande usted que le acompañe alguien. (Sale la Alcaldesa á dar órdenes.)

EL ALCALDE

De veras, ¿no se ha desmandado?

LUCRECIA

No... Debemos compadecerle, cuidar de él con todo el cariño del mundo.

LA ALCALDESA, que ha visto alejarse al Conde.

El pobrecito llora... Parece que no puede tenerse en pie. Pero se resiste á que le acompañe un criado. Quiere andar solo.

LUCRECIA

Solo... ¡Qué dolor! ¡Triste ancianidad!... (Sintiendo perturbado su espíritu.) ¡Oh, Dios mío! ¿dónde está la paz que diste á mi alma? Ese hombre me la quitó... Es el agitador de mi conciencia... ¡Otra vez el tumulto en mi mente... otra vez la ansiedad, el temor, la duda!... (Consternada, alza los brazos, echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos.)

LA ALCALDESA

¿Otra vez mal, amiga mía?

EL ALCALDE

Que venga el médico.

LA ALCALDESA

Al instante.

LUCRECIA

Los dos... Que vengan los dos médicos. Quiero ver al Prior... Que vuelva.

EL ALCALDE, oficiosamente.

Mandar recado á la Rectoral: allí estará.

LUCRECIA, agitadísima.

Si... yo no quiero ser mala; no quiero padecer... quiero curarme. Se renueva la herida. Meteré la mano en ella, y si duele, que duela; y si con el dolor se me acaba la vida, que se

acabe. ¿Dónde está mi hija? Nell, alma mía. (Entra Nell y se arroja en sus brazos llorando.) Ven, abrázame. ¿Verdad que no te separarás de mí, que no quieres separarte de mí?

NELL, con emoción infantil.

Nunca, nunca.

ESCENA X

Calle de Potestad, callejón del Cristo. Anochece.

EL CONDE, que avanza con lentitud, vacilante, tentando las paredes; después D. PÍO.

EL CONDE

Ya lo veo, ya lo veo; es lo único que veis, ojos míos... que estoy de más en el mundo. ¡Pobre Albrit, tu vida termina...! «Imposible, ha dicho esa mujer, imposible...» Y ese imposible cierra todo espacio á la esperanza... Ya no hay esperanza... Vida, te acabaste; alma, vete de aquí... El monstruo me ha negado mi consuelo, me roba el único bien de mi triste vejez... Señor, Dios mío, ¿qué delito he cometido para caerme en este abismo de desolación?... ¡No poder estrechar entre mis brazos á mi hija, á mi Dolly, retoño preciosísimo de mi raza, flor nueva de una familia que no debe extinguirse!... ¡Y se la lleva... se las lleva á las dos, quizás para envilecerlas!... Porque no creo en su arrepentimiento, no. Se siente abrumada por las terribles consecuencias de sus pecados... le duele el mal... y

cuando el pecado duele, el pecador llora... Sus clamores quieren decir dolor, opresión, empacho del vicio; mas no quieren decir arrepentimiento. Cuando el glotón se indigesta, maldice la comida; pero pasa el mal, y vuelve á comer... No creo en tu enmienda, diablo harto de carne, ni creo que te haya perdonado Dios... No, á Dios no le engañas... ni tampoco al viejo Albrit... ¿Verdad, Señor, que no la has perdonado? (Detiéndose bajo un farol, y vuelve los ojos al cielo.)

D. PÍO, parado en la acera de enfrente, contemplándole.

¡Albrit!

EL CONDE

¿Quién me llama? Conozco esa voz; es voz familiar.

D. PÍO, acercándose.

Soy Coronado, tu amigo... quiero decir, el amigo de usía. (Le abraza.)

EL CONDE

¡Ah! mi único amigo quizás... Ven, acompáñame. ¿En dónde estamos? Mi Jerusa también se vuelve contra mí, y me trastorna con el cariz nuevo de sus calles reformadas.

D. PÍO, guiándole.

Por aquí. Si va usía á la Pardina, entremos por el Callejón del Cristo.

EL CONDE

No sé á dónde voy... ¿Es de noche ya?

D. PÍO

Sí, señor. Júpiter está encendiendo los faroles.

EL CONDE

¿Quién es Júpiter?

D. PÍO

El farolero, señor. Se llama Jove, Pepe Jove, y yo por broma le llamo Júpiter, aunque más le cuadraría Baco, porque es el primer borracho de Jerusa.

EL CONDE, abismado en sus reflexiones.

¡Noche triste, más triste que aquélla en que nos reunimos en el Páramo! No hay humano juicio que pueda discernir esta noche cuál de los dos es más desgraciado.

D. PÍO

¡Ah, señor! ahora y siempre, Coronado se lleva la palma. Y lo comprendería el señor Conde, si ver pudiera las magulladuras y cardenales de mi cara, donde esas condenadas han escrito esta tarde, con sus uñas, la maldad de sus corazones.

EL CONDE

¿Qué me dices?

D. PÍO

Me han insultado, clavándome sus garras en el rostro; me han herido en la cabeza con una palmatoria... me han tenido todo el día sin comer. Gracias que en casa de un amigo me dieron estos pedazos de pan...

EL CONDE

¿Y no las matas? Si malo es ser bueno, peor es no ser hombre.

D. PÍO, con desprecio de sí mismo.

Albrit amigo, yo no soy hombre... yo no sé lo que soy.

EL CONDE

Mátalas.

D. PÍO

¿Matar yo?... Ni un mosquito ha recibido la muerte de mi mano. Que las espachurre Dios si quiere... Y usía, señor D. Rodrigo, tenga la dignación de acabar conmigo esta misma noche, porque ya no puedo más, ya no aguanto más. Coronado no ha de ver salir el sol de mañana, porque ese sol significaría más vida, significaría luz, aire, sonido, y yo quiero... ver las tinieblas, oír el silencio. (Pateando con desesperación.)

EL CONDE

Así me gusta. ¿De modo que estás decidido?

D. PÍO

Tan decidido que todo lo he dispuesto. Escribí la carta, en la que digo que á nadie se culpe de mi muerte, y no me he vestido de limpio porque esas bribonas me han empeñado la ropa... ¿Pero qué me importa la ropa, si esta noche he de acabar? Ahora iba yo en busca de usía para que me cumpliera lo ofrecido.

EL CONDE, cogiéndole por un brazo y sacudiéndole con nerviosa fuerza.

Si... lo haré, lo haré con toda el alma... Me siento esta noche... no sé... me siento criminal.

D. PÍO

No será crimen, sino favor.

EL CONDE, con gran vehemencia.

Si... morirás, Pío; caerás rodando por el cantil... antes de llegar al fondo del abismo, te harás pedazos... Morirás, sí. El hombre extremadamente bueno debe morir. Es una planta viçiosa, estéril... Si, bendito Coronado: verás con qué gracia y con qué denuedo te arrojé á la sombría inmensidad, como si lanzara una pelota. Aún tengo vigor para eso y para mucho más...

D. PÍO, tocando las castañuelas.

Ahora mismo, si usía quiere...

EL CONDE

No, ahora no. Tengo que ver á mi Dolly, á mi adorada Dolly... quiero darla el último adiós, comérmela á besos... sí, lo que se llama comérmela... Abur, Coronado, no me sigas. Puedo andar solo.

D. PÍO

Espero á Vucencia...

EL CONDE

En el Páramo.

D. PÍO

Más seguro será en las Tres Cruces, al extremo de la calleja que sube á Santorojo, á la entrada del bosque.

EL CONDE

Bueno... Iré. Déjame ahora.

D. PÍO

¿No quiere usía que le acompañe?

EL CONDE

No... ya estoy cerca.

D. PÍO

Todo seguido. Allí se ve una luz: es la Pardina... Adiós.

EL CONDE

Hasta luego. (Renqueando, se pierde en la obscuridad. Después de verle entrar en la Pardina, D. Pío se aleja.)

ESCENA XI

Habitación del Conde en la Pardina.

EL CONDE, VENANCIO, GREGORIA; después SENÉN.

VENANCIO, que entra y ve al Conde revolviendo en su maleta.

¿Qué hace el señor Conde?

EL CONDE

Ya lo ves: recojo algunos papeles que deseo llevar siempre conmigo.

GREGORIA, alarmada.

¿Á dónde va usía?

EL CONDE

Á donde á vosotros no os importa. ¿Por qué no viene Dolly? Dos veces la he mandado llamar.

VENANCIO

Ahora vendrá.

EL CONDE

Pues voy á donde quiero. Á vosotros os bastará saber que os dejo en paz.

VENANCIO, premioso, rascándose la cabeza.

Me alegro de que el señor Conde facilite la separación, porque yo vengo á decir á Vucencia... que... que no puede seguir en mi casa.

GREGORIA

Nada más que por el carácter soberbio del señor Conde... que por lo demás...

EL CONDE

Sí: mi carácter altanero no se aviene con el vuestro, tan suave, tan pacífico.

VENANCIO

Por lo cual, he determinado que Su Excelencia se aloje en donde guste, fuera de mi casa... Por esta noche puede quedarse; pero mañana...

EL CONDE, con dulzura, resignado y calmoso.

Esta noche misma: no te apures. Tú te quedas en tu Pardina, y yo me voy... á donde me acomode. No hablemos más. Al fin y á la postre, tengo que agradeceros la hospitalidad que me habéis dado.

VENANCIO

Nada tiene Vucencia que agradecernos. Lo que me duele es que no hayamos podido hacer buenas migas.

EL CONDE

Las migas hacedlas vosotros... y que os aprovechen... Os pido el último favor. Traedme á Dolly. Los minutos que paso sin verla me parecen siglos.

VENANCIO

Vamos.

EL CONDE, sintiendo ruido en la puerta.

¡Ah! ella es...

SENÉN, entrando.

Soy yo, señor...

EL CONDE

¡Maldito seas! (Exaltado.) ¡Que venga Dolly, que venga al instante!

SENÉN, aparte á Venancio y Gregoria.

Dejadle conmigo. No hará nada, y en todo caso, yo sabré ponerle como un guante.

(Se van Gregoria y Venancio.)

ESCENA XII

EL CONDE, SENÉN; después GREGORIA.

EL CONDE, receloso, altanero.

¡Ah!... te dejan aquí, como de guardia, por temor de que yo...

SENÉN

No, señor: vengo... porque... es *de todo punto indispensable* que hable dos palabras con usía.

EL CONDE

¿Conmigo?... ¿Palabritas tú? No: tú vienes á vigilarme. Creen que voy á pegar fuego á la casa... No, Senén; yo no hago mal á nadie. (Oyense gritos lejanos de Dolly, llorando pidiendo socorro.) ¡Oh! ¿qué es eso?... ¡Dolly grita... llama! ¿Es su voz... ó estoy yo loco y no sé lo que escucho?... Infames, ¿qué hacéis á mi hija, á mi Dolly? (Furioso, se precipita hacia la puerta. Cesan las voces.)

SENÉN, cortándole el paso.

Deténgase usía. Ya no puede evitarlo.

EL CONDE

¿Qué?

SENÉN

Que se la llevan. (Mira por la ventana.) Ya, ya salen con ella. (Corre Albrit á la ventana.)

EL CONDE

¡Bandidos, ladrones! (Vuelve á la puerta.)

SENÉN, sujetándole.

Deténgase, y óigame un instante. (Cierra la puerta y quita la llave.)

EL CONDE, amenazante.

¿Qué haces?... ¡Me encierras!

SENÉN, agitadoísimo.

Una palabra, señor Conde, una sola, y usía comprenderá que quiero prestarle un gran servicio... Yo le explicaré...

EL CONDE

Pronto.

SENÉN

La niña... Su madre la mandó llamar; no quiso ir... Ha venido el Alcalde con toda su fatuidad, y con una pareja de la Guardia civil, y se la ha llevado.

EL CONDE, fuera de sí.

Ábreme esa puerta, ó te mato ahora mismo. Ciego, aún tengo vigor para defenderme, para defender al ser amado. Ábreme te digo. (Coge una silla, decidido á estrellársela en la cabeza.)

SENÉN, trémulo.

Abriré... pero antes... quiero deshacer el grave error de usía.

EL CONDE

Habla... pronto.

SENÉN

Usía, movido del honor, ha pretendido descorrer el velo, señor; descorrer el velo...

EL CONDE

Acaba.

SENÉN, sudando la gota gorda.

El velo ¡ay! para descubrir la verdad, el endiablado secreto de la familia.

EL CONDE

Sí.

SENÉN

Y usía no ha visto nada.

EL CONDE

Sí he visto.

SENÉN

Lucrecia no ha querido decir á su padre político la verdad... Ese secreto, señor Conde, no lo posee más que un hombre en el mundo, y ese hombre soy yo.

EL CONDE

¡Tú!

SENÉN

Yo, que lo oculté, y ahora lo revelo. La hija falsa, la hija espúrea... es Dolly.

EL CONDE, aterrado.

¡Oh!... No, no... ¡Tú mientes! (Poseído súbitamente de un furor trágico.) Lacayo vil, tú mientes, y yo... ahora mismo (Se arroja sobre él, clavándole ambas manos en el cuello) ¡te ahogo, rufián! (Forcejean. El Conde, aunque anciano, es mucho más vigoroso que Senén; le arroja al suelo, y oprimiéndole con el peso de su cuerpo, le acogota.) ¡Villano, serpiente!... te mato, te ahogo, te aplasto. (Breve y formidable lucha.)

SENÉN, que al fin, con gran trabajo, logra desasirse del Conde.

¡Qué furor!... ¡Así paga mi servicio! Tengo pruebas.

EL CONDE

Tus pruebas son falsas.

SENÉN

Ahora lo veremos.

EL CONDE

¡Falsario, traidor! Dolly es mi sangre.

SENÉN, trémulo, descompuesto el rostro y el cabello, registrándose los bolsillos.

Aquí, aquí la verdad, señor... Tan verdad, como que hay Dios. (Saca un paquetito de papeles.)

EL CONDE

Venga. (Arrebata el paquete que muestra Senén, lo deshace, abre un pliego, intenta leer aproximándose á

la luz.) No veo... no veo... (Con desesperación.) ¡Dios mío, luz á mis ojos; quiero luz!... Este hombre me engaña.

(Llaman á la puerta. Oyése la voz de Gregoria.)

SENÉN

Aguarde un poco.

EL CONDE, consternado, indeciso.

No veo... Toma, toma tus papeles... (Se los da, y luego los retira.) No... léemelo tú... pero no me engañes.

GREGORIA, golpeando la puerta.

Abrir... Abre, Senén.

EL CONDE

¡Qué importunidad!

SENÉN, recogiendo sus papeles de manos del Conde.

Luego los veremos.

EL CONDE, á Gregoria, que sigue llamando.

¿Qué demonios quieres? (Gregoria dice dentro algo que Albrit no entiende. Senén aplica su oído á la cerradura.)

SENÉN

Dice que han traído una carta de la Condesa.

EL CONDE

¿Para mí?... Venga pronto. (Abre Senén. Entra Gregoria, y da una carta al Conde, que la abre con temblorosa mano.) No veo... (Á Senén, dándosela.) Léemela tú.

SENÉN, leyendo, alumbrado por el farol que trae Gregoria.

«Señor Conde, por consejo de mi confesor, he autorizado á éste para revelar á usted la verdad que desea saber.—Lucrecia.»

EL CONDE

¿Dice eso?

GREGORIA, examinando la carta.

Eso dice.

EL CONDE

Basta.

SENÉN

El Prior está en la parroquia.

EL CONDE, disparado.

Corro allá.

ESCENA XIII

Iglesia parroquial de Jerusa, situada al Norte de la villa. Es irregular, conjunto inarmónico de nobles vestigios, y de restauraciones y enmiendas de fementido gusto. En el costado de Poniente, conserva un bello pórtico románico rodeado de poyos de piedra, muy cómodo para los que van á esperar la misa, ó á ver salir la gente. La puerta, que por allí da ingreso á la nave lateral, es gótica, pintada de ocre, y sus gastadas esculturas, con las repetidas manos de cal, parecen obra de pastelería. En un ángulo del pórtico hay una puertecilla, de arco rebajado, que conduce á la sacristía. En diversas partes del edificio se ve el escudo de Laín: banda de cuarteles y un águila explayada con el lema en el pico: *Decor vincit*. El interior ofrece escaso interés.

Como primera noche de la novena de Nuestra Señora de la Esperanza, hay sermón, que predica D. Carmelo, y Manifiesto. Asisten al piadoso acto los dos monjes de Zaratán, ocupando los siales del presbiterio, en que antaño se sentaban los Condes de Laín y señores de Jerusa, y hogaño son para las autoridades y personas de viso. Ha querido D. Carmelo deslumbrar al Prior, prodigando las luces, con ayuda de las señoras piadosas de la villa. Cortinas de terciopelo baratito, ramos de dalias y guirnaldas de follaje, completan la vistosa decoración.

Prevalece en Jerusa una costumbre que el progreso no ha podido destruir, y consiste en que las mujeres usan, para ir á la iglesia, unas mantellinas ó caperuzas de franela, blancas, en forma de saco abierto por un lado, y ribeteado de estambre de color, con una motita en el vértice. Este tocado, que ha resistido valiente á las anuales acometidas de la moda, es extremadamente gracioso y pintoresco, y da á las multitudes un aspecto medieval. Úsanlo también las señoras principales, distinguiéndose por la finura de la franela y la mayor gala del adorno, comúnmente de seda.

Sube al púlpito D. Carmelo, y enjareta un sermón pesadito, recamado de retóricas de similar, y el indispensable latiguillo de latinajos al final de cada período. Óyendolo con gran recogimiento los feligreses, sin entender palabra, lo que les aumenta la devoción, que tira un poquito á somnolencia.

EL CONDE, SENÉN, en la iglesia, fatigados del plantón y del kilométrico discurso.

EL CONDE, de mal talante.

Salgamos; esto es insoportable.

UN HOMBRE DEL PUEBLO, abriendo paso al prócer.

¿Por qué no sube usía á su sitial, en el pres-

bitério? Por la sacristia puede pasar sin aperturas.

EL CONDE

Gracias, amigo... me voy fuera. Se ahoga uno aquí con tanto calor y tanta retórica. (Salen y esperan. Ambos permanecen silenciosos. El Conde da espacio á la ansiedad de su espíritu paseándose.)

SENÉN. (En el camino de la Pardina á la iglesia, le ha contado algo de las ocurrencias y zaragata de Verola, sin que el Conde demuestre interés alguno.)

Pues señor, D. Carmelo lo ha tomado con gana. ¡Vaya una correa de sermón que se ha traído!

EL CONDE

Es pesadisimo. Todos éstos que comen mucho hablan sin término. El chorro de palabras les facilita la digestión... ¡Y no es floja contrariedad para mí! ¿Pero esto, Dios mío, no se acaba nunca?... Sin duda, Carmelo quiere lucirse con el Prior, y no cae en la cuenta de que el pobre fraile estará tan aburrido como nosotros.

(Pasa tiempo. Como todo tiene fin en este mundo, se acaba el sermón carmelino. Óyense modulaciones de órgano, cantos... Media hora más, y empieza á salir la gente. Retírase Albrit al ángulo del pórtico, para dar paso á la multitud, y en esto sale por la puerta de la sacristía Nell, acompañada de Consuelito y de una criada del Alcalde. Lleva la niña de Albrit caperuza de franela, que le da aspecto de figura gótica, arrancada de las vitelas de un misal antiguo. Su rostro, de hermosas líneas, adquiere distinción severa. Caen sobre sus hombros los pliegues de la tela con suprema elegancia.

Antes que vea Nell á su abuelo, Senén llama la atención de éste sobre la aparición de la niña. Se estremece Albrit de sorpresa y emoción; la busca con su mirada incierta. Nell le ve al fin, y corriendo hacia él, le coge las manos y en ellas da sonoros besos. Al aproximarse la señorita, Senén se escabulle.)

ESCENA XIV

EL CONDE, NELL, CONSUELITO

NELL

Abuelito mío, ¿tú también aquí? ¿Por qué no has pasado? Arriba, junto al altar, tienes tu silla.

EL CONDE

¡Nell, qué hermosa estás! Te veo; veo la caperuza blanca...

CONSUELITO, oficiosamente.

Esta es una de las que usó su abuelita Adelaida, Condesa de Albrit. La conservo yo como recuerdo histórico.

EL CONDE, con arrobamiento.

Nell, veo tu rostro. Una aureola de nobleza y majestad lo rodea...

NELL, sorprendida de la emoción del anciano.

Albrit... ¿por qué me miras así? ¿Por qué tiemblan tus manos?... ¿Lloras?

EL CONDE. (Siente hondamente removida su alma. En ella entra una ola impetuosa. Es el convencimiento de que tiene entre sus manos las de la legítima sucesora de Laín y de Albrit.)

Hija mía, tu presencia me causa tanto regocijo como orgullo. Te reconozco. Eres mi descendencia, la continuidad gloriosa de mi sangre. ¡Rama florida de Arista-Potestad, Dios te bendiga!

NELL, apenada, atribuyendo las palabras del anciano á desconcierto de su razón.

Abuelo querido, ¿por qué has venido tan solo?

CONSUELITO, radiante de oficiosidad.

¿Pero no hay en la Pardina quien le acompañe?

EL CONDE

Mejor estoy solo. Y tu hermana, ¿cómo no ha venido contigo?

NELL

Mamá me ha mandado á la iglesia, encargándome que rece por ella y por ti.

EL CONDE

Y harás bien en rezar... por ella más que por mí.

NELL

No ha querido que venga Dolly, porque está un poco mañosa.

CONSUELITO, que rabia por hablar.

Como que fué preciso traerla á la fuerza de la Pardina.

NELL

La pobrecita quería estar más tiempo contigo. Mañana iremos las dos á verte.

EL CONDE, muy agitado.

No vayáis, no vayáis, porque no me encontraréis.

NELL

¿Pues á dónde te vas?

EL CONDE, velada la voz por la emoción.

Sucesora de Albrit, futura Marquesa de Breda... ya sé... ya lo sé... sigue tu camino lleno de luz, y déjame en el mío tenebroso.

NELL, confusa.

Papaíto, ¿qué razón hay para tanta tristeza? ¡Si te queremos lo mismo! Yo te aseguro que vendremos á verte, y que nos enfadaremos con mamá si no nos trae.

EL CONDE

No os traerá... ¿Y para qué? ¿Qué soy yo? Un despojo miserable... El viejo tronco muere; pero quedas tú, gallardísimo árbol nuevo, que perpetuará mi nombre y mi raza.

NELL, con mayor ternura.

Abuelo mío, si tanto me quieres, ¿por qué no haces lo que yo digo, lo que yo te mando? Eres